Besos brujoS

(*Por Loca... como tu madre*) Desnuda y sin saber sus nombres me tiro a la pileta de cabeza. Todos me están mirando, lo hago bien. Viajo por las profundidades...

¡Al fin!

...Huí despavorida...

Zafé de las intenciones lascivas del anfitrión que no paró de atenderme, proponerme y sonreírme, emanando un infierno maloliente de su impregnada camisa de seda importada.

Me desplazo sin trabas... la tranquilidad del agua aquieta mi espíritu y me da la sensación de estar en un lago.

No tengo remordimientos: ellos tampoco saben cómo me llamo.

Salvajes negros de piel brillante, extranjeros de ébano, dueños de las fantasías de todas las rubias de esta fiesta que no paran de bailar ventilando sus reflejos descoloridos como banderas planchaditas. ¡Aguante Luca!

Necesito aire. Salgo a la superficie mucho más lúcida.

Respiro.

Miro alrededor y veo más desconocidos abriendo infinitas latas de cerveza al ritmo de los Spin Doctors.... siempre tuve la sensación de que los extraños son extras contratados para mí.

Los tres negros se acercan. El más parecido a Jimi Hendrix me ofrece el poco champán que le queda, lo tomo. Uno de sus amigos sostiene una toalla tentadora y no para de moverse sensualmente. El otro, ni me mira.

¡Son tan sexy, mother, fuckers!

Salgo y me dejo abrazar por el que sostiene la toalla. Entre los tres me secan y sus manos grandes me abarcan completamente. El más negro, que hasta ahora no me miraba, en un arranque procaz me besa suavemente los labios.

–¡Qué bueno, esta noche nadie me había dado un beso!

–OK, cuando quieras te puedo dar muchos más.

–Sí, necesito más pero de los tres.

Atravieso el parque sintiéndome observada.

Como lanzas de envidia, por ser yo quien me quedé perdida en este triángulo de las bermudas africanas, las miradas de las rubias taradas rebotan en mi nuca y en mi espalda. No me importa nada.

¡Sí!, soy la nota de color de esta fiesta, es inevitable, el escándalo va conmigo. No sé sus nombres pero para mí son: Sexy, Mother y Fucker.

Entre las pequeñas prosas o luminosos paisajes de palabras que integran "El árbol y el camino" (Alfaguara Literaturas) –libro de Michel Tournier (1924) que se las arregla para funcionar como suerte de summa teológica de este clásico moderno de la literatura francesa– se destacan con gracia y trascendencia las reflexiones dedicadas a su oficio y al objeto que acaba dándole una razón de ser y una figura física que se ha mantenido casi inalterada a lo largo de los siglos. Por algo será.

Respuesta

Por qué escribe usted? A esta pregunta, Balzac, según creo, respondió: para ser rico y famoso. Otros, por el contrario, contestan: "Porque es un acto necesario para mi equilibrio psíquico, y escribiría aun cuando nunca fuese publicado".

Son las dos respuestas extremas. Y yo, en cuanto a mí, diría: para ser leído. Me considero como un artesano en su domicilio fabricando ese objeto manufacturado, destinado a venderse en el mercado: un libro. El libro es una creación, y esta creación comporta un primer y un segundo grado.

En un primer grado, invento una historia y sus personajes.

En el segundo grado, el lector se apodera de todo ello y prosigue esta creación hasta hacerla suya.

Y como toda creación comporta alegría, la hay para mí por partida doble: la de crear y la de suscitar una "cocreación" con mis lectores. Enciendo un fuego en mí que me da luz y calor. Pero también lo derramo sobre los demás, y observo esos millones de llamitas que tiemblan sobre toda esa tierra que forman mis libros en los espíritus y los corazones.

En Monteux (Vaucluse) visité la fábrica de fuegos artificiales Ruggiéri. En aquellas pequeñas barracas, ligeras como plumas –listas para volar sin riesgos a la menor explosión–, he visto extraños químicos mezclando en sus tubos pólvoras multicolores, que se convertirían más tarde, y muy lejos de aquí, en cohetes, fuegos de Bengala, soles, ramilletes de luz. Algo así es, para mí, un escritor.

Cuando las manos saben leer

Hay un milagro del que varias veces al día soy testigo y actor, y al que sin embargo no termino de acostumbrarme: es el milagro de la lectura. Me dan un paquete de hojas de papel ennegrecidas de signos. Lo miro, y he aquí la maravilla: surgen en mi mente señores y hermosas damas, un castillo, un admirable parque poblado de estatuas y extraños animales. Allí tienen lugar historias palpitantes, cómicas o conmovedoras, de tal manera que hasta tengo dificultades para retener mis escalofríos, mis risas o mis lágrimas. Y todas estas aspiraciones no tienen más origen que ese papel ennegrecido. ¡Qué paradoja!

¿Pero, acaso no tienen estas apariciones otro origen que este papel ennegrecido? Pensándolo bien, hay motivos de extrañarse. ¿Y entonces, yo?¿Y yo el lector? Pues esta fantasmagoría que se despliega en mi mente por el milagro de la lectura es obra tanto de mi espíritu como del texto escrito. Sí, creo que un libro tiene siempre dos autores; el que lo ha escrito y el que lo lee. Un libro escrito, pero no leído, no existe de verdad. Es un ser virtual que se agota en una llamada al lector, como una semilla alada que vuela como perdida al compás del viento, hasta que cae en un surco de buena tierra donde podrá por fin ser ella misma, es decir, hoja, flor y fruto.

Pero si la lectura ordinaria es un milagro ¿qué decir de la lectura de un texto en Braille por un ciego? Esta especie particular de lectura posee para mí una cara de insondable misterio, mas también otro aspecto tranquilizante y encantador. El misterio es el de la imagen mental que se forma un invidente a partir de las palabras. Yo puedo evocar un paisaje, un rostro, un cuerpo. ¿Cómo se puede volver a formar todo eso en la mente del lector, fuera de cualquier material de líneas y colores extraído de la experiencia?

Mas por el contrario, hay algo en la lectura de un texto en Braille que me resulta muy querido y completamente familiar: tocar un libro. Siempre he estado muy atento hacia la manera como unos y otros manipulan los libros. Algunos los empuñan como objetos triviales. Se diría que quieren acogotarlos. En todo caso, se trata de gente completamente insensible a esa aura espiritual que rodea al menor escrito. Otros, por el contrario, los manipulan con temeroso respeto, casi con miedo, como si se tratara de una granada ya sin seguro que amenazara con explotar en cualquier momento. ¿Y qué decir de ese espantoso gesto, el de humedecerse el dedo para pasar mejor (?) las páginas? Es muy rara la familiaridad de buena ley que hace que se pueda coger un libro, abrirlo, hojearlo y cerrarlo con esa aparente desenvoltura que esconde un gran amor y una prolongada costumbre.

Pero si el espectáculo de una buena y feliz manipulación de un libro regocija el corazón del escritor, ¡muy otro y diferente es ése de ver algunos leer con los dedos! Tocar las palabras, desflorar las metáforas, palpar la puntuación, tantear los verbos, coger el epíteto entre el pulgar y el índice, acariciar toda una frase... ¡Qué bien comprendo todo eso!

¡Qué bien entiendo que el libro pueda convertirse en algo parecido a un gatito ronroneando en mis rodillas, y que mis manos recorren con atenta ternura!

Y además, es que vivimos en un mundo donde la imagen visual lo invade todo mediante la fotografía, el cine y la televisión; y donde al mismo tiempo se arroja sobre los sentidos de contacto inmediato –el tacto, el gusto, el olfato– una absurda condena que empobrece terriblemente nuestra vida. "¡No lo toques!". Esa odiosa recomendación que envenenó nuestra infancia se prolonga en una sociedad donde son ley los "desodorantes" (déodorants, una de las más odiosas palabras del *franglais o franglés*), y donde se presentan inabordables mujeres de papel y exposiciones de juguetes y joyas detrás de irrompibles escaparates.

Mas he aquí lo que me propongo hacer, ahora que a las traducciones de mi libro en diecinueve lenguas extranjeras viene a añadirse esta edición en Braille. Tengo la intención de ir a encontrar a mis nuevos lectores para preguntarles: vosotros, cuyas manos saben leer, enseñadme lo que han encontrado en estas páginas.

En verdad esta pregunta no será más que la primera, como una especie de tímida preparación para otra pregunta mucho más seria y profunda: vosotros, que no estáis constantemente deslumbrados por los espectáculos, cegados por los flashes, o estupefactos por las iluminaciones, decidme lo que sabéis. Enseñadme la pura y suave sabiduría de los libros desflorados y las cosas acariciadas.

Música

Podría casi hablarse de una fatalidad. En mi familia se es músico, y se consagra uno a la música de padre a hija y sobre todo de madre a hijo. Mi padre creó el B.I.E.M. (Oficina de Ediciones Músico-Mecánicas), mi hermano Jean-Loup, que dirige la S.A.C.E.M. (Sociedad de Autores y Compositores de Música), da recitales de flauta. Mi otro hermano, Gérard, ha creado bajo su nombre una empresa de edición para música de variedades. Mi hermana Janine ha sido secretaria de dirección en las ediciones de música clásica Leduc. Unicamente yo, alejado de cualquier cultura musical por una misteriosa maldición, nunca he tocado un instrumento, ni sé leer una nota. Por una especie de aberración he tenido que buscar mi camino en la literatura.

Y sin embargo... La música, es demasiado poco decir que la escucho desde hace más de medio siglo. Forma parte integrante de mi vida. Se incorpora de una u otra manera a todo lo que soy, pienso y escribo. Mas ¿de qué modo exactamente?

Bien, la escucho todos los días, y sobre todo todas las noches, y cada vez más, conforme al pasar los años mi sueño se hace más escaso. He saludado la aparición de los *walker*, que se comandan desde la cama con mayor facilidad que un tocadiscos, y después el nacimiento en frecuencia modulada de emisores que difunden música durante toda la noche (Radio Clásica y Radio Notre-Dame). Y a veces me digo: ¿de todas estas innumerables horas pasadas en compañía de J.S. Bach o de Claude Debussy, qué es lo que queda? Está claro que tamaña cantidad de tiempo consagrado a cualquier otra cosa –chino,

Libros

por Michel Tournier

Entre las pequeñas prosas o luminosos paisajes de palabras que integran "El árbol y el camino" (Alfaguara Literaturas) –libro de Michel Tournier (1924) que se las arregla para funcionar como suerte de summa teológica de este clásico moderno de la literatura francesa– se destacan con gracia y trascendencia las reflexiones dedicadas a su oficio y al objeto que acaba dándole una razón de ser y una figura física que se ha mantenido casi inalterada a lo largo de los siglos. Por algo será.

Respuesta

Por qué escribe usted? A esta pregunta, Balzac, según creo, respondió: para ser rico y famoso. Otros, por el contrario, contestan: "Porque es un acto necesario para mi equilibrio psíquico, y escribiría aun cuando nunca fuese publicado".

Son las dos respuestas extremas. Y yo, en cuanto a mí, diría: para ser leído. Me considero como un artesano en su domicilio fabricando ese objeto manufacturado, destinado a venderse en el mercado: un libro. El libro es una creación, y esta creación comporta un primer y un segundo grado.

En un primer grado, invento una historia y sus personajes.

En el segundo grado, el lector se apodera de todo ello y prosigue esta creación hasta hacerla suya.

Y como toda creación comporta alegría, la hay para mí por partida doble: la de crear y la de suscitar una "cocreación" con mis lectores. Enciendo un fuego en mí que me da luz y calor. Pero también lo derramo sobre los demás, y observo esos millones de llamitas que tiemblan sobre toda esa tierra que forman mis libros en los espíritus y los corazones.

En Monteux (Vaucluse) visité la fábrica de fuegos artificiales Ruggiéri. En aquellas pequeñas barracas, ligeras como plumas –listas para volar sin riesgos a la menor explosión–, he visto extraños químicos mezclando en sus tubos pólvoras multicolores, que se convertirían más tarde, y muy lejos de aquí, en cohetes, fuegos de Bengala, soles, ramilletes de luz. Algo así es, para mí, un escritor.

Cuando las manos saben leer

Hay un milagro del que varias veces al día soy testigo y actor, y al que sin embargo no termino de acostumbrarme: es el milagro de la lectura. Me dan un paquete de hojas de papel ennegrecidas de signos. Lo miro, y he aquí la maravilla: surgen en mi mente señores y hermosas damas, un castillo, un admirable parque poblado de estatuas y extraños animales. Allí tienen lugar historias palpitantes, cómicas o conmovedoras, de tal manera que hasta tengo dificultades para retener mis escalofríos, mis risas o mis lágrimas. Y todas estas aspiraciones no tienen más origen que ese papel ennegrecido. ¡Qué paradoja!

¿Pero, acaso no tienen estas apariciones otro origen que este papel ennegrecido? Pensándolo bien, hay motivos de extrañarse. ¿Y entonces, yo?¿Y yo el lector? Pues esta fantasmagoría que se despliega en mi mente por el milagro de la lectura es obra tanto de mi espíritu como del texto escrito. Sí, creo que un libro tiene siempre dos autores; el que lo ha escrito y el que lo lee. Un libro escrito, pero no leído, no existe de verdad. Es un ser virtual que se agota en una llamada al lector, como una semilla alada que vuela como perdida al compás del viento, hasta que cae en un surco de buena tierra donde podrá por fin ser ella misma, es decir, hoja, flor y fruto.

Pero si la lectura ordinaria es un milagro ¿qué decir de la lectura de un texto en Braille por un ciego? Esta especie particular de lectura posee para mí una cara de insondable misterio, mas también otro aspecto tranquilizante y encantador. El misterio es el de la imagen mental que se forma un invidente a partir de las palabras. Yo puedo evocar un paisaje, un rostro, un cuerpo. ¿Cómo se puede volver a formar todo eso en la mente del lector, fuera de cualquier material de líneas y colores extraído de la experiencia?

Mas por el contrario, hay algo en la lectura de un texto en Braille que me resulta muy querido y completamente familiar: tocar un libro. Siempre he estado muy atento hacia la manera como unos y otros manipulan los libros. Algunos los empuñan como objetos triviales. Se diría que quieren acogotarlos. En todo caso, se trata de gente completamente insensible a esa aura espiritual que rodea al menor escrito. Otros, por el contrario, los manipulan con temeroso respeto, casi con miedo, como si se tratara de una granada ya sin seguro que amenazara con explotar en cualquier momento. ¿Y qué decir de ese espantoso gesto, el de humedecerse el dedo para pasar mejor (?) las páginas? Es muy rara la familiaridad de buena ley que hace que se pueda coger un libro, abrirlo, hojearlo y cerrarlo con esa aparente desenvoltura que esconde un gran amor y una prolongada costumbre.

Pero si el espectáculo de una buena y feliz manipulación de un libro regocija el corazón del escritor, ¡muy otro y diferente es ése de ver algunos leer con los dedos! Tocar las palabras, desflorar las metáforas, palpar la puntuación, tantear los verbos, coger el epíteto entre el pulgar y el índice, acariciar toda una frase... ¡Qué bien comprendo todo eso!

¡Qué bien entiendo que el libro pueda convertirse en algo parecido a un gatito ronroneando en mis rodillas, y que mis manos recorren con atenta ternura!

Y además, es que vivimos en un mundo donde la imagen visual lo invade todo mediante la fotografía, el cine y la televisión; y donde al mismo tiempo se arroja sobre los sentidos de contacto inmediato –el tacto, el gusto, el olfato– una absurda condena que empobrece terriblemente nuestra vida. "¡No lo toques!". Esa odiosa recomendación que envenenó nuestra infancia se prolonga en una sociedad donde son ley los "desodorantes" (déodorants, una de las más odiosas palabras del *franglais o franglés)*, y donde se presentan inabordables mujeres de papel y exposiciones de juguetes y joyas detrás de irrompibles escaparates.

Mas he aquí lo que me propongo hacer, ahora que a las traducciones de mi libro en diecinueve lenguas extranjeras viene a añadirse esta edición en Braille. Tengo la intención de ir a encontrar a mis nuevos lectores para preguntarles: vosotros, cuyas manos saben leer, enseñadme lo que han encontrado en estas páginas.

En verdad esta pregunta no será más que la primera, como una especie de tímida preparación para otra pregunta mucho más seria y profunda: vosotros, que no estáis constantemente deslumbrados por los espectáculos, cegados por los flashes, o estupefactos por las iluminaciones, decidme lo que sabéis. Enseñadme la pura y suave sabiduría de los libros desflorados y las cosas acariciadas.

Música

Podría casi hablarse de una fatalidad. En mi familia se es músico, y se consagra uno a la música de padre a hija y sobre todo de madre a hijo. Mi padre creó el B.I.E.M. (Oficina de Ediciones Músico-Mecánicas), mi hermano Jean-Loup, que dirige la S.A.C.E.M. (Sociedad de Autores y Compositores de Música), da recitales de flauta. Mi otro hermano, Gérard, ha creado bajo su nombre una empresa de edición para música de variedades. Mi hermana Janine ha sido secretaria de dirección en las ediciones de música clásica Leduc. Unicamente yo, alejado de cualquier cultura musical por una misteriosa maldición, nunca he tocado un instrumento, ni sé leer una nota. Por una especie de aberración he tenido que buscar mi camino en la literatura.

Y sin embargo... La música, es demasiado poco decir que la escucho desde hace más de medio siglo. Forma parte integrante de mi vida. Se incorpora de una u otra manera a todo lo que soy, pienso y escribo. Mas ¿de qué modo exactamente?

Bien, la escucho todos los días, y sobre todo todas las noches, y cada vez más, conforme al pasar los años mi sueño se hace más escaso. He saludado la aparición de los *walker*, que se comandan desde la cama con mayor facilidad que un tocadiscos, y después el nacimiento en frecuencia modulada de emisores que difunden música durante toda la noche (Radio Clásica y Radio Notre-Dame). Y a veces me digo: ¿de todas estas innumerables horas pasadas en compañía de J.S. Bach o de Claude Debussy, qué es lo que queda? Está claro que tamaña cantidad de tiempo consagrado a cualquier otra cosa –chino, astronomía, dominós o prestigiditación– habría hecho de mí un maestro en la especialidad. ¿Dónde está el fruto, por tanto? ¿Para qué han servido tantas y tantas horas de audición? ¿Y en qué, por ejemplo, gana una obra literaria con la presencia de la música?

Ciertamente hay una especie de rivalidad entre la música y las letras. El resplandor de la obra musical de Wagner debe mucho a los escritos que la rodean (de Nietzsche y del propio Wagner). Pero ya desde la siguiente generación Paul Valéry evocaba los conciertos Lamoureux dados en 1893 en la rotonda del Circo de Verano, y añadía: "Sobre una banqueta del paseo, sentado a la sombra y al abrigo de una verdadera muralla de hombres de pie, un singular oyente, que por favor insigne tenía entrada libre en el Circo, Stéphane Mallarmé, padecía arrebatadamente, mas con ese angelical dolor que nace de las rivalidades superiores, el encanto de Beethoven o de Wagner. Protestaba en sus pensamientos, descifraba asimismo el gran artista del lenguaje lo que los dioses del sonido puro enunciaban o proferían a su manera. Mallarmé salía de los conciertos repleto de celos sublimes. Intentaba desesperadamente encontrar los medios de recuperar para nuestro arte lo que la demasiado poderosa música le había robado de importancia y maravilla.

Y los poetas abandonaban el Circo con él, deslumbrados y mortificados".

Esta última frase tiene que ser tomada al pie de la letra en sus tres palabras clave: poetas, deslumbrados, mortificados. (Deslumbrados, es decir, cegados por la luz.) Los poetas, desde luego, pero ¿y los prosistas? Si Mallarmé había sido cegado y mortificado por el *Ring wagneriano*, el anti-Mallarmé por excelencia, Emile Zola, ¿acaso no hubiese podido encontrar en la epopeya wagneriana una construcción que pudiera servir de modelo para los Rougon-Macquart? Dicho de otra manera, si el poeta es deslumbrado y mortificado, el novelista, por su lado, ¿no resulta al contrario *iluminado* y *vivificado* por el ejemplo musical? Por estar demasiado cerca de la poesía, la música amenaza con matarla. Es el peligro de los poemas puestos en melodías y que desembocan en la cacofonía. Víctor Hugo se sublevaba: "¡Prohibido colocar música a lo largo de mis versos!". Mas para el novelista, la música puede constituir un modelo, y llegar a ser el blanco de una ambición infinitamente lejana, pero quizá no inaccesible. Escuchando el *allegretto* de la séptima sinfonía de Beethoven, o el primer movimiento del *quatuor* de Ravel, uno tiene elderecho de decirse: "Ya está aquí, ésa es exactamente la historia que habría de contar".

¿Cuenta una historia la música? Sin duda alguna, y de la manera más pura y rigurosa posible. En cuanto a mí respecta, el novelista que soy es muy sensible en la música ante todo a esa pureza y ese vigor narrativos. Quizás haya aquí materia para un análisis altamente instructivo, pero que requeriría mucho más tiempo y espacio que el que nos ha sido impartido. Digamos en resumen que el "relato musical" ignora todo accidente, el azar, la agresión de los *circumdata,* la intervención de un *deus ex machina.* En el movimiento musical todo se desprende y fluye necesariamente de lo que le precede. Si hay un *deus* es siempre *in* máquina.

Y así resulta que uno de los resortes principales de la dinámica musical es la creación de una ausencia, de una presencia al revés, en hueco, de una necesidad cada vez más imperiosa de lo que va a seguir, de tal manera que lo que sigue estalla en efecto con una evidencia trastornadora. Si esa frase que al final llega se abre con tanta soberanía y nos inunda de felicidad, es porque desde hace ya muchos minutos los acordes y sus desarrollos excavaban en nosotros la sed de escucharla. Hacían de nosotros el cauce reseco donde ese río de música va a precipitarse haciendo en él rodar sus límpidas aguas.

Resultaría muy interesante buscar ejemplos de esta técnica de "huecograbado", de "dibujo en hueco", que anticipa la continuación de la novela y la reclama imperativamente –pues abundan– en la literatura clásica. Yo mismo lo he intentado en *El Rey de los Alisos*. Todo el primer tercio se sitúa en Francia antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial. Mi héroe, Abel Tiffauges, lleva una existencia más bien apagada, una suerte de vagabundeo inmóvil en cierto modo. De hecho, me he esforzado en mostrar en él todos los gérmenes que después estallarán al socaire de la guerra, de la cautividad, del clima de la Alemania nazi. Cada línea de esta primera parte reclama imperativamente otras líneas que llegarán después, a veces hasta el final de la última página del relato.

P.S. ¿Cómo acabar una novela?, ¿con qué frase, con qué palabra? Se sueña con los grandes ejemplos clásicos. Sobre todo, Flaubert. *Madame Bovary:* "El acaba de recibir la Cruz de Honor". *Herodias*: "Como ella era muy pesada, la transportaban alternativamente". *La educación sentimental:* "¡Sí, quizá sea eso lo que de mejor hemos tenido!, dijo Deslauriers". Hay aquí algo de perfecto, de absoluto, que impone el silencio. Curiosamente, la música parece ofrecer dificultades mucho mayores al compositor que quiere "concluir". Los modernos se las apañan con una especie de hachazo que choca y deja aturdido al oyente. Sin duda alguna, han extraído la lección de los finales beethovianos. En verdad, las últimas medidas de las sinfonías y los conciertos de Beethoven tienen algo de sumamente cómico. El quisiera detener su música. No puede, ella se niega a pararse. El frena, pero es en vano. El le asesta unos acordes que parecen otros tantos bastonazos en la cabeza. La bestia cae. Uno cree que ya todo ha terminado. ¡No! Ella se vuelve a levantar y todo vuelve a empezar. Hay que recomenzar. Hay en todo esto una especie de estocada apresurada, de bajonazo, en suma.

Evangelio

"... Y entonces, todos los discípulos le abandonaron y huyeron. Empero un mancebillo le seguía, cubierto de una sábana sobre el cuerpo desnudo, y los soldados le prendieron; más él, dejando la sábana, se huyó de ellos desnudo." (Evangelio según San Marcos, XIV, 50-52.)

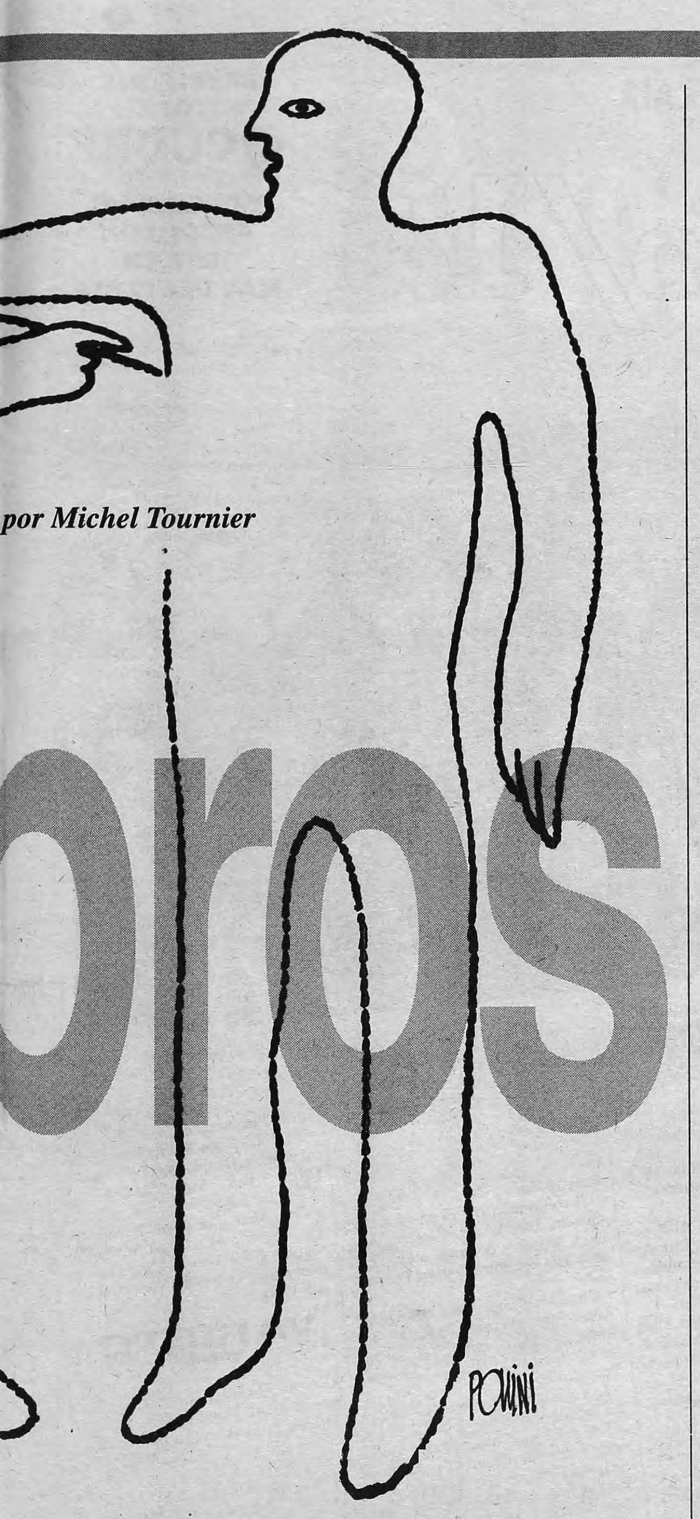
Ese joven muchacho eras tú, Marcos, y por eso eres el único evangelista que relata este episodio discretamente erótico y humorístico del momento más trágico de la vida de Jesús, su prendimiento en el Huerto de los Olivos. Todos los demás han huido, y, mancebillo desnudo bajo una sábana, permaneces solo con Él... Por lo demás, tu mismo nos dejas el cuidado, dosmil años después, de imaginar el cómo y el porqué. Entonces tú eras el único de los doce que vivía en Jerusalén. Hasta tu casa estaba en las cercanías del Huerto de los Olivos. Los otros once y Jesús habían decidido pasar la noche arrebujados bajo los árboles, mientras tú regresabas a tu casa. Y he aquí que en medio de la noche te despierta el pataleo de una tropa debajo de tu ventana. Resuena el entrechocar de las armas, unas antorchas hacen bailar sus resplandores caprichosos en el techo. Te precipitas a la ventana. La tropa invade el Huerto. Piensas en tus camaradas, en el Amigo Supremo a quien sigues desde hace años. Sin tomar el tiempo para vestirte, te envuelves en una de las sábanas del lecho y te precipitas afuera. La continuación la has contado tú.

Queda la cama desierta, revuelta, surcada por los pliegues, como una escultura blanda que guarda el recuerdo en vaciado de tus sueños y tus angustias en esa noche trágica del primer Viernes Santo de nuestra era.

P.S. Enseño estas líneas a K.F. que sabe griego moderno. Me objeta que las "camas" del tiempo de Jesucristo no se parecían a las nuestras, y que hablar a este respecto de "sábanas" es, sin duda alguna, anacrónico. Consulto el texto griego original. La palabra empleada es *sindona* para la cual el diccionario Bailly da: *velo de lino, muselina, lana fina,* pero no sábana. Y sin embargo K.F. me dice que ésa es la palabra empleada hoy por los griegos para *sábana.*

Se reproduce aquí por gentileza de Alfaguara Literaturas

POMINI



por Michel Tournier

astronomía, dominós o prestigiditación– haoría hecho de mí un maestro en la especialidad. ¿Dónde está el fruto, por tanto? ¿Para qué han servido tantas y tantas horas de audición? ¿Y en qué, por ejemplo, gana una obra literaria con la presencia de la música?

Ciertamente hay una especie de rivalidad entre la música y las letras. El resplandor de la obra musical de Wagner debe mucho a los escritos que la rodean (de Nietzsche y del propio Wagner). Pero ya desde la siguiente generación Paul Valéry evocaba los conciertos Lamoureux dados en 1893 en la rotonda del Circo de Verano, y añadía: "Sobre una banqueta del paseo, sentado a la sombra y al abrigo de una verdadera muralla de hombres de pie, un singular oyente, que por favor insigne tenía entrada libre en el Circo, Stéphane Mallarmé, padecía arrebatadamente, mas con ese angelical dolor que nace de las rivalidades superiores, el encanto de Beethoven o de Wagner. Protestaba en sus pensamientos, descifraba asimismo el gran artista del lenguaje lo que los dioses del sonido puro enunciaban o proferían a su manera. Mallarmé salía de los conciertos repleto de celos sublimes. Intentaba desesperadamente encontrar los medios de recuperar para nuestro arte lo que la demasiado poderosa música le había robado de importancia y maravilla.

Y los poetas abandonaban el Circo con él, deslumbrados y mortificados".

Esta última frase tiene que ser tomada al pie de la letra en sus tres palabras clave: poetas, deslumbrados, mortificados. (Deslumbrados, es decir, cegados por la luz.) Los poetas, desde luego, pero ¿y los prosistas? Si Mallarmé había sido cegado y mortificado por el *Ring wagneriano*, el anti-Mallarmé por excelencia, Emile Zola, ¿acaso no hubiese podido encontrar en la epopeya wagneriana una construcción que pudiera servir de modelo para los Rougon-Macquart? Dicho de otra manera, si el poeta es deslumbrado y mortificado, el novelista, por su lado, ¿no resulta al contrario *iluminado* y *vivificado* por el ejemplo musical? Por estar demasiado cerca de la poesía, la música amenaza con matarla. Es el peligro de los poemas puestos en melodías y que desembocan en la cacofonía. Víctor Hugo se sublevaba: "¡Prohibido colocar música a lo largo de mis versos!". Mas para el novelista, la música puede constituir un modelo, y llegar a ser el blanco de una ambición infinitamente lejana, pero quizá no inaccesible. Escuchando el *allegretto* de la séptima sinfonía de Beethoven, o el primer movimiento del *quatuor* de Ravel, uno tiene elderecho de decirse: "Ya está aquí, ésa es exactamente la historia que habría de contar".

¿Cuenta una historia la música? Sin duda alguna, y de la manera más pura y rigurosa posible. En cuanto a mí respecta, el novelista que soy es muy sensible en la música ante todo a esa pureza y ese vigor narrativos. Quizás haya aquí materia para un análisis altamente instructivo, pero que requeriría mucho más tiempo y espacio que el que nos ha sido impartido. Digamos en resumen que el "relato musical" ignora todo accidente, el azar, la agresión de los *circumdata*, la intervención de un *deus ex machina*. En el movimiento musical todo se desprende y fluye necesariamente de lo que le precede. Si hay un *deus* es siempre *in* máquina.

Y así resulta que uno de los resortes principales de la dinámica musical es la creación de una ausencia, de una presencia al revés, en hueco, de una necesidad cada vez más imperiosa de lo que va a seguir, de tal manera que lo que sigue estalla en efecto con una evidencia trastornadora. Si esa frase que al final llega se abre con tanta soberanía y nos inunda de felicidad, es porque desde hace ya muchos minutos los acordes y sus desarrollos se escavaban en nosotros la sed de escucharla. Hacían de nosotros el cauce reseco donde ese río de música va a precipitarse haciendo en él rodar sus límpidas aguas.

Resultaría muy interesante buscar ejemplos de esta técnica de "huecograbado", de "dibujo en hueco", que anticipa la continuación de la novela y la reclama imperativamente –pues abundan– en la literatura clásica. Yo mismo lo he intentado en *El Rey de los Alisos*. Todo el primer tercio se sitúa en Francia antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial. Mi héroe, Abel Tiffauges, lleva una existencia más bien apagada, una suerte de vagabundeo inmóvil en cierto modo. De hecho, me he esforzado en mostrar en él todos los gérmenes que después estallarán al socaire de la guerra, de la cautividad, del clima de la Alemania nazi. Cada línea de esta primera parte reclama imperativamente otras líneas que llegarán después, a veces hasta el final de la última página del relato.

P.S. ¿Cómo acabar una novela?, ¿con qué frase, con qué palabra? Se sueña con los grandes ejemplos clásicos. Sobre todo, Flaubert. *Madame Bovary:* "El acaba de recibir la Cruz de Honor". *Herodias*: "Como ella era muy pesada, la transportaban alternativamente". *La educación sentimental:* "¡Sí, quizá sea eso lo que de mejor hemos tenido!, dijo Deslauriers". Hay aquí algo de perfecto, de absoluto, que impone el silencio. Curiosamente, la música parece ofrecer dificultades mucho mayores al compositor que quiere "concluir". Los modernos se las apañan con una especie de hachazo que choca y deja aturdido al oyente. Sin duda alguna, han extraído la lección de los finales beethovianos. En verdad, las últimas medidas de las sinfonías y los conciertos de Beethoven tienen algo de sumamente cómico. El quisiera detener su música. No puede, ella se niega a pararse. El frena, pero es en vano. El le asesta unos acordes que parecen otros tantos bastonazos en la cabeza. La bestia cae. Uno cree que ya todo ha terminado. ¡No! Ella se vuelve a levantar y todo vuelve a empezar. Hay que recomenzar. Hay en todo esto una especie de estocada apresurada, de bajonazo, en suma.

Evangelio

"... Y entonces, todos los discípulos le abandonaron y huyeron. Empero un mancebillo le seguía, cubierto de una sábana sobre el cuerpo desnudo, y los soldados le prendieron; más él, dejando la sábana, se huyó de ellos desnudo." (Evangelio según San Marcos, XIV, 50-52.)

Ese joven muchacho eras tú, Marcos, y por eso eres el único evangelista que relata este episodio discretamente erótico y humorístico del momento más trágico de la vida de Jesús, su prendimiento en el Huerto de los Olivos. Todos los demás han huido, y, mancebillo desnudo bajo una sábana, permaneces solo con Él... Por lo demás, tu mismo nos dejas el cuidado, dosmil años después, de imaginar el cómo y el porqué. Entonces tú eras el único de los doce que vivía en Jerusalén. Hasta tu casa estaba en las cercanías del Huerto de los Olivos. Los otros once y Jesús habían decidido pasar la noche arrebujados bajo los árboles, mientras tú regresabas a tu casa. Y he aquí que en medio de la noche te despierta el pataleo de una tropa debajo de tu ventana. Resuena el entrechocar de las armas, unas antorchas hacen bailar sus resplandores caprichosos en el techo. Te precipitas a la ventana. La tropa invade el Huerto. Piensas en tus camaradas, en el Amigo Supremo a quien sigues desde hace años. Sin tomar el tiempo para vestirte, te envuelves en una de las sábanas del lecho y te precipitas afuera. La continuación la has contado tú.

Queda la cama desierta, revuelta, surcada por los pliegues, como una escultura blanda que guarda el recuerdo en vaciado de tus sueños y tus angustias en esa noche trágica del primer Viernes Santo de nuestra era.

P.S. Enseño estas líneas a K.F. que sabe griego moderno. Me objeta que las "camas" del tiempo de Jesucristo no se parecían a las nuestras, y que hablar a este respecto de "sábanas" es, sin duda alguna, anacrónico. Consulto el texto griego original. La palabra empleada es *sindona* para la cual el diccionario Bailly da: *velo de lino, muselina, lana fina*, pero no sábana. Y sin embargo K.F. me dice que ésa es la palabra empleada hoy por los griegos para *sábana.*

Se reproduce aquí por gentileza de Alfaguara Literaturas

REVELE SUS FOTOS EN CUORE
FOTOCOLOR EN MINUTOS
Y PLANTE UN ARBOL CON IDEA EN MAR DEL PLATA

AGENDA

Agenda

MUSICA

• *Diego Torres*, hoy a las 22.30 en el Teatro Roxy (San Luis 1742).
• *Marilina Ross*, mañana a las 22 en el Teatro Radio City (San Luis 1752).
• *Nancy Anka*, el sábado a las 22 en el Radio City.
• *Los Auténticos Decadentes*, el lunes 24 a las 21, en el Radio City.
• *José Larralde*, el lunes 24 a las 22, en el Teatro Roxy (San Luis 1742).
• *Bocacalle*. Hoy a las 22. Ballet Arte Buenos Aires, con solistas del Teatro Colón. Mañana a las 22. *Pía Sebastiani*, con *Aurora Nátola Ginastera*; el sábado a las 22. *Susana Rinaldi*, el domingo a las 22 y el lunes 24 a las 22. *Homenaje a Federico Fellini*, lunes 24 a las 24. *Los Chalchaleros*, martes 25 a las 22, *Nati Mistral*, el miércoles 26 a las 22. *Ciclo Música en el Parque*, en Villa Victoria (Matheu 1851).
• *Malvinas, canto al sentimiento de un pueblo*. Grupo Arteón de Rosario, dir. por Néstor Zapata. Música: Litto Nebbia. El sábado a las 22 en el Teatro Payró (Casino Central).
• *Quinteto Municipal de Vientos*, hoy a las 22 en la sala B, *Bocacalle* (música latinoamericana), mañana a las 22, en Teatro del Patio. *Living*, recitales de *Luis Caro*, el sábado a las 22 en Teatro del Patio. *Opus 15* (jazz); lunes 24 a las 22.30 en el Teatro del Patio. *Kacky Patruno* en La Corte de los Milagros (rock), martes 25 a las 22.30 en el Teatro del Patio. *Dr. Jabok* (Ciclo "Rock hasta que se ponga el sol"), martes 25 a las 20, en Teatro del Patio. En el Centro Cultural Gral. Pueyrredón (25 de Mayo y Catamarca).
• *Dreams*, rock, miércoles 26 desde las 24, en Balcao Bar (Rivadavia y Diagonal Pueyrredón).

EL OTRO CINE

• *Los siete locos*. Dir. Leopoldo Torre Nilsson. Con Alfredo Alcón, Thelma Biral y José Slavin. Hoy a las 21 en Cine Club Melies (España 1443). Entrada 2 pesos.
• *Tango feroz*. Dir. Marcelo Piñeyro. Con Fernán Mirás, Imanol Arias y Cecilia Dopazo. Charla y debate posterior con el público a cargo de Víctor Pintos. Hoy a las 22 en Villa Silvina (Tucumán y Saavedra).
• *Desde ahora y para siempre*. Dir. John Huston. Con Anjelica Huston y Dan O'Herlihy. Ciclo de cine arte a medianoche. Hoy, 0.30 en la sala B (Centro Cultural Gral. Pueyrredón, 25 de Mayo y Catamarca).
• *Un maldito policía*. Dir.: Abel Ferrara. Con Harvey Keitel, Víctor Argo y Paul Calderone. Desde mañana hasta el domingo, a la 0.30 en la sala B, Centro Cultural Pueyrredón.
• *Ya tiene comisario el pueblo*. Dir.: Enrique Carreras, con Niní Marshall y Ubaldo Martínez. Ciclo Tardes de Biógrafo. El miércoles 26 a las 17, en la sala A, Centro Cultural Pueyrredón. Entrada libre.
• *Hendrix en vivo*, en la Isla de Wigth. *The Doors* en vivo (1968). Ciclo Video rock. Miércoles 26 a las 22 en la sala B (Centro Cultural Pueyrredón).



Los Auténticos Decadentes estarán en el Radio City.

EL OTRO TEATRO

• *El herrero y el diablo*, de Juan C. Gené. Elenco La Barraca del Centro Cultural. Dir. Jorge Laureti. Hoy a las 21, en el Teatro del Patio. Miércoles 26 a las 21 en la Sala A. Centro Cultural Gral. Pueyrredón (25 de Mayo y Catamarca)
• *Memorial del cordero asesinado*, de Juan C. Gené. Grupo La Granada. Hoy a las 23.30 en la Sala A. Centro C. Pueyrredón.
• *Shakespirado*, por el grupo teatral Passion. Dir.: Blanca Caraccia. Mañana, sábado y domingo a las 22.30 en la Sala B. Centro Cultural Pueyrredón.
• *Cronicón*. Unipersonal con Daniel Rivas, sobre el cuento de Kafka "Informe para una academia". El domingo a la 0.30 en la Sala A. Centro C. Pueyrredón.
• *Malena*, creación colectiva. Mañana, sábado y domingo a las 22.15 en la Sala A, Centro Cultural Pueyrredón.
• *Oficio de actor*. Unipersonal de Emilio Lenski, sobre textos de Discépolo, Rozenmacher, Homero Manzi, Chaplin. Sábado y domingo a la 0.30 en el Teatro del Patio. Lunes 24 a la 0.30 en la Sala A. Centro Cultural Pueyrredón.
• *El perro que los parió recrudece*. Unipersonal de Favio Posca. Mañana y el sábado a la 0.30 en la Sala A. Centro C. Pueyrredón.
• *Un amor o varios*. Grupo T.A.M.. Dir.: José María Guimet. El martes a las 23.30 en la Sala A. Centro C. Pueyrredón.
• *Vestuario de damas*, de Luis Albano. Dir.: Irma Biondi. Miércoles 26 a las 22.30 en el Teatro del Patio. Centro C. Pueyrredón.
• *Tornillos flojos*. Grupo teatral infantil *Crearte*. De jueves a domingo a las 20 en el Teatro Municipal Colón (H. Yrigoyen 1665).
• *Casa Matriz*, de Diana Raznovich. Dir.: Roberto Moss. Con Analía Caviglia y Elisa Marval. Desde hoy al domingo, 0.15, en Villa Victoria (Matheu 1850).

VARIETE

• *El último sueño de Miró*. Exposición de pinturas de Joan Miró en el centenario de su nacimiento. Todos los días de 9 a 12 y de 17 a 22 en Villa Victoria (Matheu 1851).
• *La Forestal*, crónica cantada. Música: Jorge Cánepa. Textos: Rafael Ielpi. Grupo Nacional de Arte Arteón, con dirección de Néstor Zapata. Todos los días a las 23.15 en el Teatro Payró (Casino Central).
• *Zapping*, show humorístico-musical. Grupo Stress de Mendoza. Domingo 16 desde las 23.30 en Papá Montero (España 1839).